

de la vida de Unamuno— es la lucha contra la muerte «del yo concreto y circunscrito, que sufre de mal de muelas y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal» (10).

Dos son las raíces de esta unamuniana lucha contra la muerte. Ante todo, su personal miedo y horror a mirarse reflejado en «el espejo de la muerte», palpablemente experimentados en su primera crisis religiosa, antes aludida y ya tan estudiada. Fue entonces cuando se sintió «en las garras del ángel de la Nada» (11) y cuando, ante la visión de que paralizara su «busca de gloria», sufrió una «abismática congoja», que años más tarde confesó, entre otros, a su amigo Corominas: «Me horroriza perder este yo concreto y conciente» (12). La otra raíz de su vital guerra contra la muerte arranca de presupuestos más lógicos, o que pretenden serlo, que psicológicos:

Nos es imposible concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se dé cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anonadamiento... Causa congojísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo (13).

A este propósito, resulta sintomático el hecho de que Unamuno eleve a categoría filosófica universal su propio miedo a la muerte y su

cho más tarde por Unamuno como primer verso de una de sus canciones del *Cancionero*, escrita el 15 de abril de 1933, la 1624, que comienza «Boca al chorro y de rodillas...» Semejantes ejemplos podrán verse también luego.

(10) *Del sentimiento trágico*, edic. cit., p. 37.

(11) *Cómo se hace una novela*, Buenos Aires, Editorial Alba, 1927, p. 102.

(12) Pueden verse citadas estas palabras, correspondientes a su «Diario inédito», II, pp. 89 y 8, en CH. MOELLER: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, tomo IV, segunda edición revisada, Madrid, Editorial Gredos, 1964, p. 100, y en p. 158. A. SÁNCHEZ BARBUDO, op. cit., pp. 44-45, trae estas otras frases de otra carta: «Qué cosa más terrible atravesar la estepa del intelectualismo, y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y del total acabamiento. ¡Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual!» Un buen estudio sobre este tema es el de M. J. VALDÉS: *Death in the Literature of Unamuno*, Urbana University of Illinois Press, 1964, en el que, a base de su actitud ante la muerte, dibuja las tres perspectivas de su filosofía, siempre desde una lucha interior («in-struggle»): cósmica, o idea de la realidad como constante fluir, ante el cual reacciona con su negación de la nada, su concepto de intrahistoria y una actitud literaria contemplativa; individual, o prevalencia de la sed de inmortalidad personal, imposible de afianzar por la razón, lo que le produce una actitud semiexistencialista o trágica; social, o determinación de obtener una inmortalidad de fama, una supervivencia por sus escritos, lo que caracteriza su actitud estética. Nótese que los términos «trágico», y sobre todo «contemplativo», no tienen ya el mismo sentido en obras, entre sí cercanas, como las de BLANCO AGUINAGA, VALDÉS y P. H. FERNÁNDEZ. En este nuestro estudio, sin querer enjuiciar en modo alguno los de estos dos últimos, se adopta como norma el del primero. La «Correspondencia entre Pedro Corominas y Unamuno», de enorme interés para el mejor conocimiento de la crisis de 1897, una relación amistosa que ha sido estudiada por A. ZUBIZARRETA: «Miguel de Unamuno y Pedro Corominas», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 9 (1959), 5-34, fue publicada por JUAN COROMINAS en *Bulletin Hispanique*, 61 (1959), 386 ss. y 62 (1960), 43 y ss. No la hemos consultado para este estudio.

(13) *Del sentimiento trágico*, edic. cit., p. 36.

lucha contra ella: «Tú, yo y Spinoza queremos no morirnos nunca, y este nuestro anhelo de nunca morirnos es nuestra esencia actual» (14).

A falta de más precisas razones, Unamuno suele esgrimir el insulto personal, que suele ser la única razón del que ninguna tiene. A lo largo de sus obras 'agónicas', en especial de los ensayos, escritos en el extraño estilo intelectual del desorden, el desacato y el desplante personales y estilísticos, tan gráficamente denostados por Ortega (15), se podrían hallar largas series de insultos a los que disienten de él o a aquellos de los que él, este quijotesco pero no siempre caballeresco don Miguel, disiente. En *Del sentimiento trágico*, concretamente, van dirigidos sistemáticamente a dos bandos: a los 'racionalistas' que pretenden salir «en apoyo de nuestra hambre de inmortalidad con todas las elucubraciones pretendidas racionales o lógicas», que «no son sino abogacía y sofistería» (16), y a los otros también 'racionalistas' que «se empeñan en convencer al hombre de que hay motivos para vivir y hay consuelo de haber nacido, aunque haya de llegar un tiempo, al cabo de más o menos decenas, centenas o millones de siglos, en que toda conciencia humana haya desaparecido». Estos motivos, nos dice, «esto que algunos llaman humanismo», «son la maravilla de la oquedad afectiva y emocional del racionalismo y de su estupenda hipocresía, empeñada en sacrificar la sinceridad a la veracidad», «aunque los que de ello trataron no estuviesen en sí mismos convencidos de que hay motivos de obrar y alicientes de vivir aun estando la conciencia humana destinada a desaparecer un día» (17).

---

(14) *Del sentimiento trágico*, p. 19. Dos raíces, decimos, porque tal diferenciación entre una experiencia personal y una doctrina metafísica parecería ser imprescindible. En el caso de Unamuno, sin embargo, por su peculiar existencialismo, una experiencia profundamente personal—su vivencia interior del vacío, de insubstancialidad total, y su aparentemente débil constitución cardíaca—refrendan una visión de la «esencia» de la vida humana, por un movimiento pendular de reacción romántica. No sólo su biografía y su tendencia «existencialista», sino que sus características psicopatológicas son también responsables de esa extrapolación categorial de sus sentimientos. Cfr. CH. MOELLER: *Textos inéditos de Unamuno*, Murcia, Athaenas, 1965, pp. 52-60.

(15) Recuérdese aquella tremenda descripción de «... el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se alza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yo las testas celtibéricas», en *Sobre una apología de la inexactitud, Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, vol. I, p. 118. El profesor M. GARCÍA BLANCO reconoce que el estilo, el tono y la medida de Unamuno empeoraron durante su exilio «en los libros que publicó aquellos años fuera de su país», lo cual, aparte de ser parcialmente comprensible, si bien no afecta a *Del sentimiento trágico*, sí a otros cuatro libros: *La agonía* y *De Fuerteventura a París*, publicados en París; *Romancero del destierro* y *Cómo se hace una novela*, aparecidos en Buenos Aires. Cfr. su 'Statement' aclaratorio al final del artículo de ALLEN LACY: «Censorship and "Cómo se hace una novela"», en *Hispanic Review*, XXXIV (1966), 325.

(16) *Del sentimiento trágico*, edic. cit., p. 14.

(17) *Del sentimiento trágico*, pp. 77-78, 81, 19. Otras frases en el mismo tenor: «De estos que dicen no necesitar de fe alguna en vida personal eterna para encontrar alicientes de vida y móviles de acción, no sé qué pensar.» Se trataría de

Habrá que tener luego muy en cuenta estos textos iniciales, básicos para el arduo y arriesgado tema que va a ocuparnos. Y habrá que distinguir en ellos, por una parte, su motivación psicológica personal —esos 'gritos' del «quiero vivir», del «no quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo», del «no me resigno» (18)— y, por otra, la elevación de su personal anécdota a vital y «esencial» categoría humana. No deberá importarnos el reconocido hecho de que don Miguel se estimara a sí mismo (*Jugo de la Raza*) ejemplar modélico e intérprete de la humanidad toda; esta actitud forma, también, parte de sus anecdóticas y un tanto excéntricas vivencias. Lo definitivo es que en su formulación pretendidamente filosófica quedan embebidas unas afirmaciones sobre el «sentido de la vida» que, si aspiran —y sí parecen aspirar— a ser tenidas por serias, deben ser sometidas al riguroso análisis conceptual que don Miguel de Unamuno, como vamos a ver, escasamente llevó a cabo en sus obras. Por lo demás, baste decir, por ahora, que suele volverse contra el mismo que la lanza la fácil acusación de insinceridad. No hace muchos años, Unamuno fue considerado por algunos, según es bien sabido, como un perfecto farsante (19). Esta clase de estudios puede considerarse hoy día rebasada y desfasada. Más acertada podría resultar otra dimensión desde la cual la compleja personalidad de Unamuno se patentizara a base de datos y criterios suministrados por la psicología profunda, que nos desvelarán los extraños complejos psíquicos de su engranaje subconsciente: acaso el resentimiento, quizá cierto remordi-

---

alguien que es «todo menos un filósofo; un pedante, es decir, un remedo de hombre». Alude también a que «ni ha faltado quien haya hablado del deber religioso de resignarse a la mortalidad. Es ya el colmo de la aberración y de la insinceridad». *Ibid.*, pp. 19 y 93. Nótese que en el primer 'racionalismo' queda incluido tanto el racionalismo clásico, especialmente el francés del xvii y sus epígonos, como el de la Escolástica y los suyos (Unamuno arremete contra Tomás de Aquino y, en particular, contra Balmes); en el segundo, aunque no menciona otros nombres que los de algunos 'materialistas' del xviii y del xix —y no se olvide, de paso, el matiz infravalorativo y poco técnico, vulgar, con que suele ser empleada esa palabra para designar a algunos de los hombres que más han hecho por realzar al hombre— parece aludir a diversas corrientes filosóficas y populares de principios del xx. Desde luego, subráyese la orientación calderoniana del «consuelo de haber nacido»; no se olvide esta dimensión poética. De este modo pareceremos menos afectados los que, espontáneamente, nos incluimos en el segundo grupo de los insultados.

Vale la pena otra nota curiosa. Uno de los textos citados se repite, casi al pie de la letra, en carta escrita a DE ONÍS a Madrid, cuando éste estaba haciendo sus oposiciones para catedrático, es decir, hacia 1910 (según cálculos nuestros tan sólo menos que aproximados), sin duda cuando estaba preparando el original de *Del sentimiento*. Cfr. número-homenaje de *La Torre*, IX (julio-diciembre 1961), 61.

(18) *Del sentimiento trágico*, pp. 41-93.

(19) Así, N. GONZÁLEZ CAMINERO: *Unamuno. Trayectoria de su ideología y de su crisis religiosa*, Comillas, Santander, Universidad Pontificia, 1948, y SÁNCHEZ BARBUO, *op. cit.*, entre los principales.